

pre mas y mas en la gracia, y para acercarnos mas y mas a la gloria.

PLATICA XL.

DE LAS OBRAS SATISFACTORIAS, Y CON CUÁNTA SUAVIDAD PODEMOS HACERLAS.

A 31 de Julio, dia de nuestro padre San Ignacio, año de 1693.

EL mar no es tan amargo que á los peces no les sirvan de las mayores delicias sus mismas amarguras; que sus salobres aguas no les sirvan de suave leche, en que alimenten la vida. No es, quiero decir hablando ya en mejor sentido, no es tan amargo como parece el mar de la penitencia, que de sus amarguras no sepa fabricar Dios á las almas la mas dulce suavidad de la leche: *Inundationem maris quasi lac sugent.* (*Deut.* 33. 19.) Que si de las cosas mas amargas ha sabido el arte fabricarle al gusto, dulces y regaladas conservas, mejor sabe la gracia endulzar todas las amarguras. Suena á gemido el de la tórtola, y es canto: *Idem cantus et gemitus.* Símbolo de un penitente, en quien el llanto de los ojos suena al mas dulce regocijo del co-

razon. Debajo de amarga corteza esconde la nuez dulce fruto, que así dice San Gerónimo, (D. Hier. c. 9.) retrata bien la penitencia: *Amara quidem videtur ad præsens, sed fructus parit dulcissimos.* Y en fin, por la aspereza que en su tronco lleva la palma, se llega á la dulce suavidad de sus dátiles: *Fructus qui dulcis, et asper.* Ya, pues, que tanto miedo, que tanto espanto pone á los mundanos aun oír solo el nombre de la penitencia, que les parece que es aquella tierra que se traga á sus habitantes: *Terra ista devorat habitatores suos.* Habiendo mostrado cuán del todo necesaria es á quien ha pecado, quisiera mostrar ahora cuánta es la facilidad con que podemos hacerla, cuánta es la suavidad con que podemos ir descontando deudas tan terribles para convertir en dulzuras del corazón lo que ve con horrores nuestra tibieza: *Quam subito,* decia de su misma experiencia un admirable penitente, (San Agustin) *mihí factum est carere suavitatibus nugarum, et quas amittere metus fuerat, jam dimittere gaudium erat.* (l. 9. Confes. cap. 1.) Qué presto, mi Dios, que en un punto se me hizo suave carecer de las suavidades mentirosas; qué presto lo que antes temia yo perder, ahora me gozo de dejar.

No consiste pues, la penitencia solo en las asperezas y mortificaciones del cuerpo, á que tantas excusas alegan los regalones, tantos embarazos los ocupados, tantas dificultades los enfermos, que para que nadie tenga excusa, todos tienen á mano la penitencia, como ya lo mostraré para nuestro mayor cargo: *¿Cuáles son las obras satisfactorias?* pregunta el Catecismo, y responde así: *Oracion, limosna, aspereza de cuerpo, y trabajos que Dios envia, llevados por su amor.* Palabras sacadas de no

menos autoridad que la del Sacrosanto Concilio de Trento. (ses. 14. cap. 8.) Es pues la penitencia un compuesto admirable de estos tres ingredientes saludables: oracion, limosnas y ayunos; la razon es clara. Lo primero, porque las culpas todas, como dice San Juan, vienen de tres malditas raíces: concupiscencia de la carne; ésta se castiga con el ayuno: concupiscencia de los ojos, que es el ansia desordenada de riquezas; ésta se remedia con la limosna; y soberbia de la vida, ésta se abate y se postra con la oracion. Mas, solo tres especies de bienes son los que tenemos para pagar á Dios: unos son bienes del alma, otros del cuerpo, y otros que se llaman bienes de fortuna. Con la limosna le pagamos á Dios en estos bienes de fortuna; con el ayuno le satisfacemos en bienes que pertenecen al cuerpo; y con la oracion le pagamos con los bienes del alma. Mas, ofendemos con el pecado; lo primero, á Dios; lo segundo, á los prójimos; lo tercero, á nosotros mismos. Corresponde pues así bien proporcionada nuestra satisfaccion: á Dios aplacamos con la oracion; á los prójimos les satisfacemos con la limosna; y á nosotros mismos nos corregimos con el ayuno.—Bien, Padre, me dirá el ocupado: pero yo no tengo lugar para mucha oracion: yo, me dirá el pobre, no tengo con que dár limosna; más necesito de que me la dén: yo, me dirá el enfermo, ni tengo salud ni fuerzas para el ayuno; ¿luego estaremos excusados de la penitencia?—Vamos despacio. Por oracion no se entiende solo lo que rezamos pidiendo á Dios el socorro de nuestras necesidades, se entienden todos los actos que hacemos de religion: la asistencia á los Templos, á la Misa, á los divinos oficios, todo en fin, la veneracion y culto que damos á nuestro

gran Dios. ¿Quién habrá pues, que para una tan suave, tan fácil penitencia ponga dificultades?

En la cama estaba ya casi moribunda la V. Leonor Pacheco, monja dominica, y no cesaba un punto de rezar el Padre nuestro y el Ave María. Dijéronle las monjas que se fatigaba la cabeza, que para qué era rezar tanto. A lo que respondió, como mejor Sibila, este discretísimo oráculo: Si de todas las palabras ociosas hemos de dár cuenta á Dios, y á cada palabra ociosa le corresponderá su castigo, ¿quién duda que á cada palabra religiosa la tendrá Dios tambien prevenido su premio? Dejádme pues que acaudale con estas oraciones el mérito y satisfaccion á mi alma, por mas que se fatigue la cabeza. Sean pues las ocupaciones las que fueren, ¿qué puede estorvar para una penitencia tan dulce como hablar con Dios?

Aquel admirable Varon, Martin de Azpilcueta Navarro, cuyos inmensos estudios muestran sus admirables escritos, cuyas ocupaciones fueron continuas sobre gravísimas, leyendo por muchos años, ya en Francia, ya en Salamanca, ya en Coimbra, todos los días dos horas de cátedra; escribiendo, como se sabe, jamas dejó de rezar á sus horas, sin adelantar ni posponer las horas, el Rezo Divino. ¿Quién alegrará mas ocupaciones? No nos falta el tiempo, nosotros faltamos al tiempo.

Por la limosna se entiende, no solo lo que se reparte á los pobres, sino todas las obras de misericordia, así corporales como espirituales. Visitar y consolar á los enfermos y encarcelados, y enterrar los muertos, etc. Dichosos ricos, que así tienen en su dinero el remedio de su alma: *Redemptio animæ viri, divitiæ suæ.* Dichosos ricos, que así pueden redimir sus pecados con las limosnas: *Pec-*

cata tua eleemosynis redime. Dichosos ricos, que con tan gran facilidad tienen en la bolsa el cielo, tienen en la caja las llaves de la gloria, pudiendo satisfacer por sus pecados, solo con repartir sus dineros: *Eleemosyna a morte liberat; et ipsa est, quæ purgat peccata, et facit invenire misericordiam, et vitam æternam!* ¿Qué penitencia mas fácil, poderosos, si con ese vuestro dinero podeis hacer ganancias eternas, si podeis con vuestro dinero comprar el cielo?

Sabido es y repetido aquel ejemplo de Pedro Telonario. Habiale dado de mala gana una torta de pan á un pobre; y á pocos días, viéndose en el Tribunal de Dios, y que en unas balanzas se pesaban las obras de su vida, y en otra balanza las malas, vió que esta se iba al fondo; y no habiendo que hechar obras buenas en la otra, esperaba temblando su condenacion, cuando vió una mano, que hechando aquella torta de pan que habia dado al pobre, ella sola pesó tanto, que dejó las balanzas iguales. Así le mostró Dios lo que podria conseguir con las limosnas; no porque hubiese merecido él nada cuando dió aquella torta en pecado mortal, sino para que en lo venidero viese cuánto importaba la limosna para satisfacer por sus culpas; y así lo ejecutó desengañado, volviendo á repartir liberal todo lo que antes negaba avariento: *Peccata tua eleemosynis redime.* Pero ni se excusan los pobres, pues que pueden dár la limosna, ó ya corporal ó ya espiritual, sin sacar nada de la bolsa, con ejercitar las demas obras de misericordia, con asistir al enfermo, con consolar al afligido, con el buen consejo. ¡Oh, qué paga tan fácil para todos!

Por el ayuno no se entiende esto solo, sino todas las mortificaciones de los apetitos, las asperezas

del cuerpo. ¡Oh, qué ejemplar pudiera representar hoy tan admirable! A mi glorioso Padre San Ignacio, vestido, en Manresa, de un grosero saco sobre un silicio á raíz del cuerpo, ceñida una soga de esparto, con la cabeza descubierta siempre, los pies descalzos, por cama la desnuda tierra, y un leño por cabecera, los dias entonces gastando siete y ocho horas de oracion puesto de rodillas, en continuos gemidos y lágrimas, interrumpidas solo para tomar tres disciplinas cada dia, en que con cadenas de hierro se rasgaba las carnes, dejando con su sangre salpicados y teñidos los respaldos de aquella cueva, dichosa secretaría de oráculos divinos: sus ayunos á solo pan y agua, pasándose á veces tres dias enteros sin beber ni comer un solo bocado. Ya veo que llenos de asombro me dicen que no podrán tanto. Ahora pues, ¿no puedes ayunar? Podrás á lo menos dár limosna. ¿No tienes limosna que dár? Podrás visitar á los enfermos, servirlos y aliviarlos. ¿No te permite esto tu retiro ó tu estado? Podrás suplirlo con oraciones devotas y fervorosas, con oír misas, con frecuentar las Iglesias. ¿No te dán lugar á esto otras ocupaciones ó achaques? Pues no será tan difícil el privarte algunas veces, ó de las recreaciones ó de los placeres permitidos. Dejar por penitencia el juego algunos dias, ¿qué penitencia será? Dejar de ir, ó á la conversacion, ó al paseo, ó á la comedia, ¿qué se puede alegar para esto de dificultades en la salud? Retirar los ojos, quitar la atencion de donde la lleva la curiosidad, ¿qué imposibles pueden alegarse para esto? En la mesa, dejar un plato de que se gusta, ¿qué daño puede seguirse en esto? Pues todas estas son penitencias con que podemos ir descargando la deuda de nuestras cul-

pas; y si siendo tan suaves, aun las reusamos y no las hacemos, ¿qué excusa nos quedará para con Dios? Quien no puede con la disciplina, venza siquiera los ojos: quien no quiere sufrir el silicio, modérese siquiera por Dios la vana pompa en el vestido: quien no puede dormir en una tabla, hable con Dios algunos ratos, de rodillas: quien no puede ayunar porque le debilita, deje siquiera por Dios las golosinas que le dañan. ¡Oh, penitencia suave, sin los espantos de las cadenas, de las cuevas y de las soledades. ¡Oh, penitencia, que sin el horror de consumir el cuerpo, puede tener crucificado el espíritu! ¡Oh, penitencia, que sin derramar la sangre, puede pagar la pena de las culpas; y con lo poco que tiene de amargo, introducir en el alma la dulzura que eterniza!

Las ovejas en el Ponto, dice Camerario, (l. Cettur.) no tienen hiel; y la causa es mas admirable, porque se sustentan, dice, del Absinthio, de yerba amarguísima, que tiene por efecto consumir la hiel dentro del hígado. Así le pone muy bien por mote, el que mejor podemos poner nosotros á la penitencia: *Dulcescit amarum*. De lo amargo se hace lo dulce; de lo amargo que entra por la boca, se quitan las amarguras interiores de las entrañas.

Pero aun nos queda otra inmensa mies de penitencia si sabemos lograrlo: eso es lo último que añade el Catecismo: *Y trabajos que Dios envía, llevados por su amor en paciencia*. Tal es la liberalidad inmensa de Dios, dice el Santo Concilio de Trento, tanto su amor infinito, que no solo con aquellas penitencias que nosotros por nuestra voluntad hacemos, no solo con aquellas que nos impone el confesor, sino lo que es el mayor argumento de su amor: *Quod maximum amoris argumen-*

tum est. (ses. 4. cap. 9.) Aun los trabajos, las enfermedades, las pérdidas, ó ya de bienes temporales, ó ya de los hijos; y todo en fin, cuanto de castigo nos envia su Magestad, si con humildad lo recibimos, si con obediencia rendida sujetamos nuestra voluntad á la suya, todos nos sirven para satisfacer por nuestras culpas. ¡Oh, Dios, y qué tesoro tantas veces tan neciamente malogrado! ¿Padeces la pobreza, la miseria, la falta de lo necesario? ¿Qué remedias con la impaciencia, con las maldiciones, con los enojos? Nada: lo mismo padeces, y aun quizá mas por ese tu enojo. Pues, ¿cuánto mejor sería que con una conformidad rendida ganaras todo eso para tu alma? ¿Padeces la enfermedad, el dolor, el peligro? ¿Qué remedias con la murmuracion y los sentimientos, ó de la medicina, ó de quien lo ordena? ¿Quién ordena la enfermedad? ¿quién la envia? ¿No es Dios? ¿Pues para qué malogras en no rendirte á su obediencia, la salud mejor y mas estimable de tu alma? ¿Perdiste el caudal, se murió el hijo, se te fué el bienhechor? ¿Para qué son los amargos clamores del enojo y de la venganza contra el tramposo, las nimias lágrimas y extremos temerarios del dolor, si por mano de Dios así puedes lograr para tu alma la dicha del perdón de tus culpas? Pues si tenemos fé, cuanto nos viene de trabajos, sean los que fueren, ó particulares ó públicos. ¿no nos vienen de la mano de Dios? *Si erit malum in Civitate, quod Dominus non fecerit.* ¿Pues qué se sigue de aquí? Que digamos al punto con el Santo Job: Ni son los caldeos los que me han destruido los ganados, ni son los vientos los que me han derribado las casas, ni es la casa la que me ha muerto á mis hijos, ni el demonio el que todo me lo ha quitado: Dios es.

Dios: *Dominus dedit, Dominus abstulit.* Digamos con David al creerlo así: *Obmutui, et non aperui os meum quoniam tu fecisti.* (Ps. c. 38) Lo has hecho tú, mi Dios; no hablo palabra. Digamos con Ezequías, apretado en la última enfermedad: *Quid dicam, aut quid respondebit mihi cum ipsi fecerit?* (Is. c. 38.) Dios es quien lo ha hecho, ¿qué tengo yo que replicarle? Y en fin, si volvemos á mirar cuánto merecen nuestras culpas, digamos con el buen ladron: *Nos quidem justé, nam digna factis recipimus.* (Luc. 23.) Todo ese trabajo, todo ese golpe, toda esta pérdida la tengo bien merecida por mis culpas.

• Si así recibimos los trabajos, ¡dichosos é infinitamente dichosos trabajos, que nos sirven de satisfaccion por nuestras culpas, que nos forman la mas inestimable corona para el alma! Así los miraba mi glorioso Padre San Ignacio, (In v. l. 5. c. 20.) en quien se compitieron siempre el obrar con el padecer. Duda grande, si fué mas lo que hizo ansioso por el bien universal del mundo, que lo que el mundo le dió que padecer en terribles persecuciones. Preso y cargado de cadenas en Salamanca, compadeciéndose de verlo así una persona grave, le respondió: ¿Tan gran mal os parece estar así un hombre aherrojado? Pues os digo de verdad, que no hay tantos grillos, ni tantas cadenas en Salamanca, en España, en todo el mundo, que no sean mas las en que yo deseo verme por amor de mi Señor Jesucristo. Fué toda su vida, suma la estimacion que hizo de todos los trabajos. Preguntóle en una ocasion un Religioso, cuál era el camino mas corto, mas cierto, y mas seguro para alcanzar la perfeccion; y respondió por su experiencia: *Padecer muchas y graves adversidades por amor*

de Cristo. *Pedid á Nuestro Señor esta gracia, porque á quien él la hace, le hace muchas juntas que en ella se encierran.* ¡Oh, y cuántas lograríamos si no malográramos los trabajos que Dios nos envia infinitamente misericordioso!

En la Historia de los Predicadores, se refiere (*Hist. S. Domin. 4. p. l. 2. c. 30.*) que un Santo Religioso, estando enfermo, puesto en oracion y arrebatado fuera de sí, empezó á dár grandes gritos, diciendo: Señor, hasta el día del juicio; Señor, hasta el día del juicio, y lo tendré por grandísimo beneficio y regalo. Atónito al oírlo el enfermero, acudió al punto, y preguntóle, qué voces eran aquellas, y qué querian decir. A lo que respondió el enfermo: Me ha dado Dios á entender esta tarde el grande tesoro que está escondido en los trabajos, cuánto es el premio que les corresponde, y cuánta dicha es pagar aquí lo que se ha de pagar en el purgatorio; y pensando esto sentí un tan grande esfuerzo, que quisiera vivir millones de años solo por padecer trabajos; y por eso dije lo que me oíste: Señor, hasta el día del juicio, lo que tendré por grandísimo beneficio. Aliento pues, almas, y pues que nos sobran trabajos, de nuestra mano tenemos en saberlos lograr toda la dicha. Si se han de padecer, por mas que lo repugne la impaciencia, padezcámoslos de modo que nos acaudalen la gracia: si se han de sufrir, por mas que nuestra voluntad no quiera, padeciendo la pena, llevémosla de modo que la pena nos vaya formando el caudal inapreciable de la gloria. *Ad quam, etc.*

PLATICA XLI.

DE LA SATISFACCION POR MEDIO DE LAS INDULGENCIAS,
Y QUÉ COSA SEAN.

A 13 de Agosto de 1693.

LA mejor alquimia del cielo es la que hoy traigo que proponer á mi auditorio: el arte mejor, digo, de hacer oro de la tierra, de conseguir á muy poca costa un caudal imponderable, y de adquirir con muy poco trabajo riquezas infinitas. No ha fatigado poco á los ingenios la codicia de no sé quién, que les hizo creer facilmente, que de ciertos ingredientes de muy poca costa, se podía fabricar y hacer oro. ¡Oh, cuánto al oír solo nombrar el oro, inquietándose las ansias de la codicia, ha costado de penosas fatigas en el mundo este aplaudido disparate! Ese es el arte que llaman Química, y que llamarian mejor *quimérica*, en que sudando acongojados, dias y noches, á la redonda de las hornillas, alambicando mas que la sal los sesos, para formar